

¿Un futuro campo de controversias en teología?

Los siguientes dos artículos son complementarios, no en el sentido que se escribieron con conciencia del otro sino representan dos posturas muy distintas ante el reconocimiento tan amplio del carácter "homicida" de las políticas neo-liberales promovidas por el FMI y el Banco Mundial. El primero es de un grupo de teólogos belgas francófonos que, partiendo de las grandes desigualdades del mundo, nos plantea la pregunta de nuevo sobre una postura y respuesta verdaderamente cristiana. El autor del segundo artículo es un ensayo al campo teológico por Michel Camdessus, director del mismo FMI, en donde nos plantea el mercado libre como el lugar donde se realiza el intercambio de los bienes que nos pide el Reino de Dios. Usted lo juzgará.

Ideologías neoliberales, análisis críticos y tradiciones cristianas

Introducción

En un momento en el que la mayoría de la humanidad es consciente de los límites de los sistemas marxistas, podría ser útil intentar no perder de vista los límites de los sistemas capitalistas y del liberalismo. Estos sistemas no funcionan tan maravillosamente como algunos de sus defensores pretenden. Los discursos que exaltan la libertad como ideología no siempre conducen al reparto equitativo de la libertad real. Entre los discursos equilibrados que reconocen la pertinencia de los mecanismos de mercado o que rehusan un Estado tentacular, y las ideologías del liberalismo desenfrenado, hay un abismo que este artículo quiere poner en evidencia .

1. Qué creer de los discursos del capitalismo neoliberal triunfante

¿Es correcto decir que las únicas doctrinas económicas modernas que han mostrado su eficacia tanto en la producción y distribución de bienes como en la elevación general del nivel de vida remiten al “capitalismo liberal”? [Hay que notar que a pesar de que el “capitalismo liberal” ha sido sistematizado por algunos pensadores no podemos hablar de él como de un “sistema” en el sentido en que se habla, por ejemplo, del marxismo como un “sistema”. Sin embargo, existe un conjunto de “doctrinas capitalistas liberales” que funcionan en la práctica como sistema de legitimación de políticas y de instituciones.

Parece que sí: se trataría de una cuestión de hecho. Para el observador de la historia reciente parece que sólo el “capitalismo” ha permitido el desarrollo material de las sociedades modernas. Los países más desarrollados (Europa occidental, América del Norte, Japón) han escogido este modelo. Lo mismo sucede con los países que han tenido últimamente un despegue económico, tales como Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur. Por el contrario, los países que han optado por otros modelos (comunismo, socialismo, proteccionismo autárquico) han fracasado a la hora de asegurar un desarrollo sostenido a sus sociedades, incluso al precio de un totalitarismo poco compatible con el respeto a los derechos humanos.

Hay que subrayar además que el capitalismo, para tener éxito, no requiere, de sentimientos altruistas: cuando cada uno persigue su propio interés en el marco de un mercado libre se establece un equilibrio favorable para todas las partes implicadas.

Así pues, hay que suponer que el capitalismo podrá igualmente resolver los problemas materiales de las poblaciones del Tercer Mundo.

Pero, en sentido contrario, sí es indiscutible que el P.N.B. de los países mencionados parece indicar un nivel de vida más avanzado lo es al precio del establecimiento de una sociedad dual en el propio seno de estos países y sobre todo entre estos países y los del Tercer Mundo.

Además, para enfrentar una deuda que a menudo les ha sido impuesta, muchos países del Tercer Mundo se han visto obligados a adoptar “ajustes estructurales” que tienen como efecto marginar todavía más a la mayoría de la población, obligándola a someterse a las exigencias de los capitales extranjeros.

La historia indica también que es pretencioso creer que el poder representado hoy día por las empresas multinacionales conducirá necesariamente a un equilibrio de justicia distributiva sin la organización de contrapoderes que encuentren una expresión política adecuada, como de hecho se produjo en Europa Occidental con los movimientos obreros y los sindicatos.

Además, no se acaba de ver como el resto del mundo podría alcanzar los

niveles de consumo de Occidente sin una dilapidación extremadamente rápida de los recursos no renovables del planeta, de los cuales hoy se subraya fuertemente su carácter limitado. Por último, los famosos cuatro “dragones asiáticos” (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur) que con frecuencia se citan como prototipos de desarrollo vinculados al capitalismo liberal, no demuestran gran cosa, pues se desarrollaron en unas condiciones políticas y/o geográficas totalmente particulares [como el apoyo norteamericano, por razones geopolíticas a Corea del Sur y a Taiwan y la situación completamente especial de los centros comerciales de Hong Kong y Singapur] que no pueden darse en otros países. Por otra parte este despegue se ha llevado a cabo en circunstancias bastante lejanas a las doctrinas del capitalismo liberal: se han desarrollado bajo el impulso de las políticas de un Estado fuerte que utiliza el resorte político para estimular y proteger su desarrollo.

Estas consideraciones permiten iluminar la verdad que contienen las dos tesis presentadas.

Si bien es exacto reconocer que el sistema económico que ha sostenido el desarrollo material del primer mundo es de tipo capitalista, hay que afirmar al mismo tiempo que la acumulación primitiva de capital sólo fue posible en un primer momento por la puesta bajo tutela de un proletariado cada vez más amplio extendido hoy día a importantes poblaciones de los países del Tercer Mundo.

También es exacto decir que el fracaso de los modelos socialista y comunista se escribe en términos de libertad pero hay que matizar esta afirmación con la constatación de que lograron garantizar al conjunto de su población la satisfacción de varias necesidades básicas, mientras que en el capitalismo el derecho a la vida de las personas no solventes, especialmente en el Tercer Mundo, no está ni mucho menos asegurado.

Por último, el mercado “libre” es en muchos casos una abstracción que enmascara de hecho la intervención de actores extremadamente poderosos capaces de imponer su voluntad en el cuadro de acuerdos oligopolíticos. Es pues esencial que se puedan establecer contrapoderes susceptibles de imponer otras lógicas que la del beneficio a corto plazo para unos pocos.

Hay que añadir también que la imagen según la cual el capitalismo ha funcionado según las leyes de un completo libre mercado es una fantasía. Como dice Braudel se suelen dar varios sistemas económicos paralelos: un sistema de monopolio u oligopolio para los grandes poderes económicos, un sistema de mercado para los pequeños y medianos actores y un sistema informal para los pequeños actores y para la vida doméstica. La imagen del capitalismo de mercado que rige con eficacia la producción y la distribución de bienes aparece entonces como simplista. Haría falta además, definir lo que se entiende por “eficacia

(¿hay que introducir como criterio de evaluación de ésta las guerras, la violencia y los sufrimientos introducidos por el capitalismo?).

En conclusión, si bien es cierto que las doctrinas capitalistas de mercado han apoyado de hecho el desarrollo material de los países más ricos, no es correcto pretender que estos resultados puedan conducir a un desarrollo armonioso del conjunto del planeta si no se establecen ciertos contrapoderes que transformen considerablemente su naturaleza.

¿Es correcto decir que una cierta izquierda —y más concretamente una izquierda cristiana— impide, con sus críticas y su praxis, una evolución favorable del capitalismo?

Por muchas de sus actitudes la izquierda, al rechazar los elementos básicos de las doctrinas capitalistas proponiendo análisis en términos de lucha de clases, parece contribuir a tornar más rígido el sistema y a impedir su evolución flexible y natural hacia una mayor justicia. Al moralizar procesos que han de tener respuestas eminentemente técnicas, la izquierda no favorece la búsqueda de soluciones imaginativas a los problemas sociales, sino que más bien debilita la sociedad multiplicando los conflictos, e imposibilita un aumento de la producción que beneficiaría a todos.

Pero por otra parte cabe preguntarse si con frecuencia acaso no son los conflictos, manejados responsablemente, quienes impulsan lo que llamamos “progreso”. ¿No es acaso bajo la presión de los sindicatos como las empresas hallaron modos de aumentar su producción? Sin la presión de los ecologistas ¿no se habrían dado otros Chernobil? ¿Se habrían promulgado las leyes sociales en el siglo XIX sin la lucha de la clase obrera? ¿Podemos mencionar muchas situaciones en las que los privilegiados hayan dado pasos importantes hacia el progreso social sin presión de los pobres? En general los derechos no se conceden: se conquistan.

El reproche que a menudo se hace a la izquierda, de promover más los derechos que los deberes, obvia hasta qué punto los derechos son cruciales para los desfavorecidos. Como decía Montesquieu: entre el fuerte y el débil, la libertad oprime y la ley libera. Hay que pasar por el constreñimiento de la ley para hacer respetar los derechos de quienes son constantemente pisoteados.

No obstante, la acusación de que la izquierda moraliza indebidamente la vida socio-económica se tiene que examinar más de cerca. Por una parte, la izquierda más o menos marxista evita esta moralización en la medida en que considera que los diferentes sistemas sociales producen necesariamente ciertos efectos, independientemente de las intenciones de los actores. Sin embargo es cierto que existe una izquierda cristiana que subestima los condicionamientos sociales, económicos y técnicos (las condiciones “materiales” que según Marx se requieren

para que se den ciertos cambios): esta tendencia “izquierdista” echa mano de la moral cuando lo que haría falta es entender qué ocurre.

Por de pronto digamos que dentro del funcionamiento social no se puede obviar la interpelación ética. Las instituciones, incluida la del mercado, sólo pueden funcionar a condición de que haya un cierto consenso ético acerca de qué es justo. La noción de justicia es una noción movilizadora importante, esencial para el funcionamiento social. En las negociaciones no hay nunca procesos puramente técnicos: todo está impregnado de intencionalidad ética.

Quedaría la cuestión de saber como en una situación dada, se puede encontrar el equilibrio entre el reconocimiento de los conflictos y la cooperación, que es siempre necesaria. Hay que promover instituciones que impidan escamotear los aspectos conflictivos de la vida social, y que permitan negociar soluciones constructivas, es decir, soluciones que favorezcan de tal modo la cooperación que el conflicto no resulte en una situación en la que todos sean perdedores.

Conviene también encontrar un equilibrio que se traduzca en estructuras institucionales, entre la tecnificación y la moralización de los problemas. La importancia positiva de las ideologías de la justicia y de las utopías sociales tiene que mezclarse con los análisis en los que las opciones éticas se ponen provisionalmente entre paréntesis.

Finalmente, dentro de esta perspectiva, para una izquierda cristiana, el lugar de la figura de Jesucristo, identificado con los pobres y eliminado por los poderes de turno, es una interpelación decisiva que concierne a todos aquellos que de un modo u otro se estarán acomodando al desorden establecido o a la injusticia institucionalizada. Jesucristo es signo de un Dios que sin culpabilizar a los individuos, se niega a encerrar la esperanza humana en lo que a veces precipitadamente consideramos como un mal inevitable.

En conclusión, podemos afirmar que, en contra de un juicio apresurado, la existencia de ideologías y utopías en las que se enraízan reivindicaciones sociales, es importante para evitar que la sociedad —y sobretudo sus privilegiados— se conforme con un *statu quo* que mantendría el desorden y las injusticias establecidas.

¿Es cierto que democracia y economía de mercado van siempre de la mano?

Para muchos estos dos términos se identifican hasta tal punto que la sociedad más dictatorial será llamada “democracia si está sometida a la economía occidental de mercado, mientras que la mas participativa de las sociedades será calificada de “totalitaria” si su economía está fundada en los principios socialistas”.

La consonancia entre las teorías de libre mercado (o liberalismo) y la democracia proviene sin duda de que en una economía de tipo capitalista los relacio-

nes comerciales requieren actores libres. Históricamente, además, es en los países del liberalismo económico donde se han visto florecer las libertades democráticas. ¿No será pues legítimo asociar capitalismo liberal y democracia?

Pero, en sentido contrario, el capitalismo liberal promueve más la libertad de los más fuertes que la libertad de todos. Las sociedades de libre mercado se acomodan fácilmente a una "dualidad" en virtud de la cual sólo algunos ciudadanos pueden participar plenamente en el juego social. El resto está compuesto de hecho por ciudadanos de segunda clase. La libertad abandonada a sí misma otorga el poder a quienes ya son los dueños del sistema económico y social. Por el contrario, la democracia, así como los derechos humanos, son instituciones destinadas a limitar este poder.

Es cierto que los países más ricos consiguen otorgar derechos a la mayor parte de su población (pero no a toda, como lo atestiguan las capas crecientes de pobreza incluso en Estados Unidos). Pero estas islas de democracia se logran casi siempre en detrimento de otras poblaciones. Por ejemplo en Suiza a la libertad de los ciudadanos acompaña la expulsión de los extranjeros cuando ya no se los necesita. Contrariamente a las afirmaciones apresuradas, los países capitalistas liberales son, o dictaduras (como buen número de los del Tercer Mundo), o países que en gran parte han logrado exportar las condiciones inhumanas de vida. En los países occidentales los derechos se han conquistado al precio de grandes luchas. Con luchas se otorgó el voto a los no propietarios, a los obreros y a las mujeres, e incluso hoy día, amplios fragmentos de la población (como los inmigrantes) no participan en el sistema de democracia política.

Es necesario señalar también que lo que llamamos "valores democráticos" varía según los puntos de vista. Las tendencias más liberales enfatizan la libertad de empresa, de prensa, de expresión y las elecciones libres. Hay otros valores que son tan importantes como estos y que forman parte de las tradiciones "repúblicas" de las democracias: la participación en la vida social y política, la solidaridad la primacía del bien común sobre los intereses individuales, etc. El primer conjunto de valores es generalmente tomado en cuenta en las sociedades de libre mercado, por lo menos por una parte de los ciudadanos (no necesariamente por todos). El segundo sólo suele merecer una atención secundaria.

En conclusión: no se puede demostrar que democracia para todos y capitalismo liberal van de la mano. Más bien parece que la democracia se construye a través de una lucha sin tregua para que se respeten los principios. No es por tanto el sistema de libre cambio lo que mantiene las libertades democráticas, sino las luchas de los ciudadanos. Sería importante, pues, evitar los grandes discursos, para tratar de considerar más en detalle cómo una organización socio-político-económica de la sociedad favorece o no, para sus ciudadanos y para los del exterior, la difusión de los valores democráticos. Habría que desarrollar el debate político para examinar como una colectividad se sitúa de cara a estos valores

que nos sirven de horizonte utópico.

¿Es exacto decir que el capitalismo logra que los pobres sean menos pobres y no sólo los ricos más ricos?

Parece que sí, pues toda la historia del capitalismo indica que, después de cierto tiempo, la producción de riqueza beneficia a todos. Además, hay que constatar que los países socialistas han fracasado generalmente en la producción de bienes, lo cual implica que han creado sociedades donde todos acababan siendo más pobres. Pero, en sentido contrario, constatamos que en países como Brasil, la producción de riquezas no revierte para nada sobre los más pobres.

Es correcta firmar que en Europa y Estados Unidos con el tiempo los pobres han sido menos pobres. Sin embargo, no es evidente que esta elevación del nivel de vida de los europeos y estadounidenses tenga sólo que ver con el sistema económico capitalista. Parece que está también vinculada a una relación política de colonialismo e imperialismo de cara al Tercer Mundo. Además, tampoco en estos países la suerte de los pobres ha mejorado solamente gracias a la producción, sino también por efecto del sindicalismo y de las presiones que han conducido a la instauración de una social-democracia. Por el contrario, hay que señalar que la producción de riqueza en el capitalismo liberal se logra generalmente a través de la explotación de los más indefensos (ya sea de dentro o de fuera del país).

En conclusión, podríamos decir que el capitalismo liberal no produce, por sí mismo, un reparto justo de riquezas, sino que tiene más bien tendencia a acentuar la explotación y la desigualdad social. El reparto más justo se logra generalmente gracias a las presiones ejercidas por los movimientos reivindicativos. La ideología de la corrección del capitalismo por sí mismo apoya más bien los intereses de quienes no quieren compartir, y puede producir la revuelta social de los ignorados.

¿Es correcto decir que el sistema capitalista ha demostrado ser un sistema evolutivo y adaptable?

Parece ser que sí, en efecto: el capitalismo ha conseguido periódicamente modificar las legislaciones en un sentido más humano. Este logro se da porque hay una producción suficiente de riquezas para compartir, lo que permite que los cambios se den con cierta tranquilidad.

La paradoja del capitalismo es que engendra una sociedad más justa porque admite, reconoce y arbitra constantemente conflictos de intereses fundamentalmente egoístas. Reconociendo la realidad de los conflictos de intereses y dándoles un marco en el que puedan concurrir, el capitalismo evoluciona. Pero, en sentido contrario, constatamos que la evolución del capitalismo se ha dado y se da con violencia y enormes sufrimientos, con un gran número de episodios

violentos: las guerras mundiales, las guerras coloniales, las guerras por el mantenimiento de la ruta de las Indias o del petróleo de Oriente Medio, etc.

En conclusión la imagen de un sistema capitalista que evoluciona suavemente por sí mismo y sin choques violentos es una fantasía. Una imagen más realista de la historia integra los conflictos de intereses, cuya gestión a veces se da de manera moderada, pero más a menudo con violencia.

2. ¿Es cierto que la adhesión al sistema capitalista es totalmente compatible con la fe cristiana?

Algunos piensan que sí... A los ojos de muchos cristianos las opciones económicas actuales inspiradas en el capitalismo parecen justificarse por razones particulares.

1. En la opinión general, el fracaso de los regímenes “del Este” habría privado de toda credibilidad a las políticas voluntaristas encaminadas a lograr una mayor igualdad social: su ineficacia ha quedado comprobada. Los regímenes de centralismo burocrático comportan una desmotivación de los actores sociales.

2. Además, los lastres de los regímenes de planificación estatal son lo contrario de la visión cristiana: esta favorece la libertad de los individuos y su iniciativa. La fe cristiana es un proceso esencialmente libre y personal.

3. Este componente cristiano explica a la vez la resistencia de muchos cristianos en los regímenes del Este, y la simpatía espontánea de muchos de ellos hacia una organización de la sociedad que favorezca la iniciativa individual.

4. Sin duda, pocos cristianos creen en la “mano invisible” que conduciría automáticamente a beneficiar el conjunto de la sociedad con los frutos del mercado libre. La mayoría admite que el sistema capitalista necesita ciertos correctivos, lo cual justifica la puesta en marcha de la doctrina social de la Iglesia. Pero para muchos de ellos hay que reducir al mínimo indispensable la intervención del Estado en la vida de los ciudadanos.

5. Esta actitud no es necesariamente egoísta. Los cristianos se ven en la obligación de reducir al mínimo posible la injusticia inherente a todo sistema. La tradición de caridad cristiana ha estado siempre pendiente de los pobres y preocupada por ayudarlos. La Iglesia como institución ha hecho grandes obras benéficas. Estas solidaridades tienen que ser cultivadas. Pero precisamente, estas solidaridades tienden a ser dejadas a la iniciativa individual. La experiencia muestra que son tanto más eficaces cuanto más libremente son asumidas.

...Pero en sentido contrario... En el contexto actual constatamos que en nombre del “libre mercado”, la ideología capitalista condiciona un gran número de decisiones políticas y económicas que tienen como consecuencia el acrecentar las desigualdades sociales y provocar el crecimiento masivo de la pobreza que

afecta a la mayoría de los habitantes del planeta.

Por añadidura, se habla de “libre mercado”, pero vemos como los países que hacen su apología toman medidas proteccionistas para impedir el libre acceso de los países del Tercer Mundo a su propio mercado. Constatamos también la desaparición de los principios de solidaridad y de justicia a los que nos adherimos como cristianos. Contemplamos el mal causado a los miembros más frágiles del cuerpo social y tememos una ceguera que amenaza imponérsenos frente al discurso liberal triunfante.

Algunas convicciones que conviene recordar...

En el dominio de la economía si queremos ser coherentes con el mensaje bíblico, no podemos dejar el campo libre a la pura lógica de la competición de los intereses privados, pues ésta da como resultado que un número cada día más amplio de seres humanos carezca de los bienes más elementales. No podemos aceptar en nombre de la libre iniciativa de los individuos, una tendencia que defiende la supresión de los mecanismos de solidaridad previstos por las leyes, para caer en el único correctivo de la caridad privada. La Biblia nos propone un criterio concreto: ¿qué efecto tendrá este determinado proyecto, esta política determinada, esta corriente de opinión sobre los grupos sociales que son hoy los equivalentes del “extranjero, la viuda y el huérfano”?

...y lo que se puede contestar a los argumentos esgrimidos.

1. La solidaridad con el “prójimo nos tiene que hacer desconfiar de políticas que en nombre de un eventual retorno a la prosperidad justifican medidas de austeridad en las que los desfavorecidos son las víctimas directas.

2. La inspiración cristiana no tiene nada de fatalista. El mundo está confiado a nuestra responsabilidad; por lo tanto los cristianos no podemos aceptar que las “leyes de la economía” sean de una naturaleza que no podamos modificar el curso de los acontecimientos. Ceder a este sentimiento común de impotencia sería dejarse caer en la trampa de la ideología en boga, que presenta como leyes naturales lo que de hecho es una construcción humana.

3. A pesar del egoísmo y de la indiferencia de muchos cristianos la Iglesia no ha cesado, a lo largo de los siglos, de intentar influir en la organización social. Por lo tanto no puede uno basarse en la “doctrina de la Iglesia” para propugnar un individualismo o no-intervencionismo del poder político en la economía.

4. El realismo bíblico confirma la importancia de estas leyes sociales y por tanto reclama una cierta dosis de voluntarismo político. Recordemos, por ejemplo la ley del Jubileo, que imponía cada cincuenta años una redistribución de tierras y bienes (Lc. 25, 8-17).

5. Desde sus comienzos las comunidades cristianas no se contentan con “hacer caridad”, sino que muchos de sus miembros han percibido que la lucha contra la

pobreza tiene una dimensión política, y han intentado combatirla desde sus raíces. Desde hace un siglo la “doctrina social” de la Iglesia procura “promover cambios estructurales en la sociedad con el fin de procurar condiciones de vida dignas a la persona humana.

Por todo ello, es difícil afirmar simple y llanamente, que la adhesión al capitalismo se concilia sin problema con una fe cristiana consecuente.

Siete mensajes

Por Michel Camdessus
Fondo Monetario Internacional

El Mercado no puede quedar librado a su sola lógica, puesto que la Economía no pertenece al ámbito de la Técnica, sino al de lo Humano.

Comprendamos bien la palabra esperanza. No se trata de la espera beata de un mundo reconciliado por un mejor mañana, sino de una acogida de la fe, hoy, de un Reino que nos es dado y confiado para constituirlo. El Reino. Para ver un poco mejor de qué se trata, hace falta volver a la Palabra. No soy teólogo para ayudarlos con competencia, pero les diré algunas de esas Palabras que sobre el Reino algún día resonaron en mi vida y continúan haciéndolo. Son si ustedes quieren, mis llaves para el Reino. Pero atención, es necesario escucharlas bien, esto ya no es política económica, es la Palabra única: palabras de fuego, palabras de vida.

Siete Mensajes

Identificaré siete mensajes:

1. El Reino está en el corazón de la Revelación de Dios. Jesús no tiene más que esa palabra en la boca. ¿Qué hace Él inmediatamente después de la Resurrección? “Durante cuarenta días, se hizo ver por ellos y les habló del Reino de Dios”. Retengan la palabra Reino.

2. El Reino está por construirse pero él no saldrá de nuestras cajas de herramientas. Aquí es necesario prestar oídos a la conversación con Nicodemo (un notable... ¡cómo nosotros!). “En verdad, en verdad, te digo: el que no renace de lo alto, no puede ver el Reino de Dios”. Conocemos cómo Nicodemo tergiversa el pensamiento. Jesús le pone los puntos sobre las “ies”. “En verdad, en verdad te digo, el que no nace de la agua y del Espíritu, no puede entrar en le Reino de Dios”. Entonces, el Reino no vendrá solamente de una reestructuración inteligente de las realidades humanas, a partir de nuestra competencia y sabiduría. El las utilizará pero no será dado en ese bautismo de agua y de Espíritu.

3. Es necesario hablar más del reinado que el Reino. Es cierto que el Reino es un lugar: esos cielos nuevos esa nueva tierra donde seremos llamados un día; promesa sublime. Pero el Reino pertenece de alguna manera a la geografía, el reinado a la historia. Historia, en la que somos actores, que está en marcha y próxima desde que Jesús entró en la historia humana. El reinado ocurre cuando Dios es Rey y nosotros lo reconocemos y hacemos que el reinado se extienda como una mancha de aceite, impregne y renueve, unifique las realidades humanas.

“Que tu Reino venga...”

4. Veamos las características de ese reinado, tal como el Evangelio las refleja. Detengámonos en esto: de Pilato a Stalin, ha dejado perplejos a los poderosos de la historia: Sus características se oponen a las que definen al poder político y económico en los reinos, construcciones humanas. Uno se funda sobre el poder, el otro sobre el servicio; uno, apoyado sobre la fuerza, busca la posesión y el acaparamiento, el otro el compartir; uno exalta el príncipe y a sus barones, el otro los margina y debilita; uno marca fronteras, el otro acoge, uno se apoya sobre lo espectacular, el otro prefiere la germinación discreta del grano de mostaza. Se oponen. Y en el corazón de estas diferencias, hay algo que las resume: El Rey se identifica con el pobre.

5. Rasgo culminante de la diferencia: en este Reino ¿quién es el Juez? ¿quién es el Rey? La respuesta nos llega de manera formidable, solemne, en el Evangelio, en el anuncio y perspectiva del juicio final: hoy, mi juez y mi Rey es mi hermano hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo o prisionero... Deseo compartir con ustedes a propósito de esto, un texto extraordinario que Thierry Defrance me hizo descubrir; es el comentario de Mateo 25, 31-46 de Guy Lafon en su libro *El Otro Res (Ciudad Nueva)*: *“La importancia dada al prójimo por este texto de Mateo, está en relación directa con el riesgo que corre de ser despreciado. El prójimo es presentado en su desamparo; es casi nadie, hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo o prisionero. Poco será necesario para que no sea reconocido por el otro, sino ignorado o menospreciado. Pero, para quien le lleva asistencia, él es el Rey en persona, un rey que no está en el más allá, sino en la proximidad de una misma morada. Este rey no puede proteger su soberanía mediante cualquier trascendencia. El Rey no reina cuando es aclamado como tal, sino cuando un hombre le concede a otro la ofrenda de su auxilio. El reinado del Rey no se manifiesta en la consideración que se brinda a su Persona, sino en la estima eficaz que cada uno de los suyos da a sus propios hermanos, es decir al prójimo. Siempre incierto, este reinado acontece de incógnito y no obstante muy públicamente, puesto que consiste en la práctica efectiva del respeto del otro”*.

Una Competencia Construye Fraternidad

En realidad, el otro es rey, en primer lugar, para el Rey mismo. El otro es el rey del Rey. Noten que el texto de este Evangelio tan solemne finaliza con una nota de humor! Los elegidos están sorprendidos, “¿Cómo, eras tú?”. Así nos previene de nuestra profunda ineptitud para reconocer al *verdadero rey*, ¡mi hermano! No hay otro comentario de esa Palabra central, que no sea esto que ustedes saben tan bien:

—aquí se trata de fraternidad en el sentido fuerte de la palabra;

—no hay una fraternidad natural o electiva, sino dada; destruida por nuestros egoísmos, restaurada por la Gracia;

—no hay fraternidad complaciente —diría paternalista—, sino una fraternidad que se construye en las competencias, las tensiones, las diferencias;

—una fraternidad que no es hija natural de la libertad política con una hermana gemela, que se llamaría igualdad, sino, a la inversa, una fraternidad dada y construida que libera porque más allá de lo igual percibe un Rey;

—una fraternidad que, en el universo de la economía, debe vivirse en el mercado: el mercado, lugar de cambio, donde ella anuncia o llama ¡a compartir! Como bien dice mi amigo, Michel Bouvier, “*el mercado se impone como el cómo del cambio, el Reino se propone como el porqué del compartir*”.

Palabras duras y fuertes. Es necesario templarse escuchando el sexto mensaje: la conmovedora promesa.

6. *Es la conmovedora promesa hecha a Isaías (65, 17-25): “Si yo voy a crear un cielo nuevo y una nueva tierra... yo estaré gozoso a causa de mi pueblo... Ya no habrá allí niños que vivan pocos días, ni ancianos que no completen sus años. Edificarán casas y las habitarán... ni plantarán para que como un extraño... Ellos no se fatigaran en vano... El lobo y el cordero pacerán juntos... Yo mismo vendré a reunir a todas las naciones y a todas las lenguas, y ellas vendrán y verán mi gloria”.*

Y Miqueas dice: “*El será juez entre pueblos numerosos y árbitro de naciones poderosas... Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas... No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra. Cada uno se sentará bajo su parra y bajo su higuera sin que nadie lo perturbe*”.

Finalmente, el Apocalipsis, capítulo 21, cierra con esta visión: ‘*Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva*’ (21, 3-13), ‘*donde la justicia habita*’ (agrega la segunda epístola de Pedro).

7. El mandato, ¿nuestro mandato?, resonó en la sinagoga de Nazareth, y el Espíritu nos fue dado para recibir eso que los compatriotas de Jesús rehusaban

avaluar, precisamente la realización de la promesa hecha a Isaías (10; 61, 1-3) ¡a partir de nuestra historia presente! Es un texto de Isaías que Jesús desarrollaba y dice (Lc 4, 16-23): *“El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”*. Y Jesús no hace más que este comentario: *“Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír”*.

Este Hoy, es Nuestro Hoy

Ese hoy, es nuestro hoy, y somos nosotros, los que estamos a cargo de la economía, los administradores de una parte—en todo caso—de esos beneficios de Dios: el alivio de la pena de nuestros hermanos y la extensión de su libertad.

Nosotros hemos recibido la Palabra. Ella no puede cambiar todo. Sabemos que Dios obra con nosotros para hacer crecer la fraternidad. Somos gestores del cambio, pero portadores de participación. ¿Cómo es posible esto?

Doble Pertenencia

“Ustedes son del mundo y no los son... ¿cómo hacer? La respuesta parece ser... ¡descúbralo!”. Esto no es lo que Cristo ha dicho. El prefirió decir: *“Padre, conságralos por Tu Verdad”*. Pero ¡nos corresponde a nosotros administrar esta doble pertenencia!

